

Antes de dimitir la dictadura presidió los comicios consulares, que lo nombraron cónsul con Servilio Isáurico. Los demás cargos se repartieron entre sus partidarios con todas las formas legales. Ni él mismo tomó las fasces hasta la época fijada por la ley que se las había prometido, es decir, después de los diez años de su mando (1).

Así, la república continuaba en provecho de César, sin que le faltara nada de un gobierno regular: decretos del senado, elecciones del pueblo, sanción de las curias y de los auspicios. Procónsul, venía á ser César un rebelde desde que salía de su provincia; cónsul legalmente instituido, él era quien á los ojos de aquel pueblo formalista, representaba el derecho, mientras la rebelión sus adversarios. Estos reconocían, que perdiendo á Roma habían perdido la legalidad, ó á lo menos el poder de hacerla; porque bien que hubiera doscientos senadores en el campo de Pompeyo y que se llamara á sus soldados el verdadero pueblo romano, no se atrevían á dar decretos ni á proceder á las elecciones. Cumplido el año, los cónsules Léntulo y Marcelo dejaron su título y tomaron, según el uso, el de procónsules.

IV. — GUERRA EN EPIRO Y EN TESALIA. — BATALLA DE FARSALIA (49-48).

A fines de octubre del 49 llegó César á Brindis, punto de reunión de sus tropas, para pasar de allí al Epiro. Pompeyo había tenido un año entero para hacer sus preparativos, y había reunido una flota considerable suministrada por el Asia, las Cícladas, Corcira, Atenas, el Ponto, Bitinia, Siria, Cilicia, Fenicia y Egipto. En todas partes se habían construido barcos y tomado gruesas cantidades de los príncipes, tetrarcas y pueblos libres, como también de las compañías arrendatarias de los impuestos en las provincias cuyo dueño era.

»Tenía nueve legiones de ciudadanos romanos, incluidas las cinco que habían salido con él de Italia; otra de veteranos de Sicilia que llamaba *el Gemela*, por haberse formado de dos; otra de Creta y de Macedonia, compuesta de veteranos, que licenciados por los generales precedentes, se habían establecido en aquellas provincias, y dos que Léntulo había reclutado en Asia. Numerosas levas le habían llegado de Tesalia, de Beocia, de la Acaya, del Epiro y había incorporado á estas tropas los restos del ejército de C. Antonio (2). Aun esperaba dos legiones más que Escipión le traía de Siria; tenía tres mil arqueros de Creta, de Esparta, del Ponto y de Siria; dos cohortes de honderos de seiscientos hombres cada una; siete mil caballos, incluso los seiscientos galatas al mando de Deyotaro, los quinientos de la Capadocia mandados por Ariobarzanes, otros tantos de la Tracia por el hijo de Cotis; doscientos habían venido de las orillas de la Propóntide á las órdenes de Rascipolis, hombre de gran bravura. Sobre esto, Pompeyo hijo había conducido en la flota quinientos jinetes galos y germanos, que Gabinio había dejado en Alejandría para la guardia de Tolomeo, y ochocientos más sacados de entre sus esclavos y pastores. Los tetrarcas de la Galacia habían suministrado trescientos; el sirio Antíoco de Comágenes, doscientos; y la mayoría de ellos eran arqueros de á caba-

lículo, á Casio de Parma, á Cornelio Galo y á Tito Livio. Sin embargo continuó considerada como una provincia hasta el año 42.

(1) 1.º enero 48, según el calendario romano; en realidad á fines de octubre del 49.

(2) Todavía recibió Pompeyo algunos hombres de Atenas, y separó sus contingentes griegos de los auxiliares de Oriente, porque, según Apiano, estaban más habituados á conservar sus puestos en silencio.

llo. Tenía además frigios y besos, en parte á soldada, y en parte voluntarios; y macedonios y tesalios y de otros países.

»Había sacado gran cantidad de víveres de la Tesalia, de Asia, de Egipto, de Creta, del país de Cirene y de otras comarcas. Su designio era pasar el invierno en Dirraquio, en Apolonia y en las demás ciudades marítimas, á fin de cerrar la entrada de la Grecia; y con este mismo objeto había dispuesto su flota, que no contaba menos de seiscientos navíos, á lo largo de la costa» (3).

La inmensidad de estos recursos explica por qué había abandonado Pompeyo tan fácilmente la Italia á su rival.

César no podía citar entre sus auxiliares tantos pueblos ni príncipes; sin embargo, aparte la legión de la Alondra y los refuerzos suministrados por las ciudades galas y españolas, por los cisalpinos y los pueblos de Italia, había reclutado jinetes germanos, cuyo valor tenía experimentado, y sin duda el ejemplo de aquel rey del Nórico, que le envió tropas desde el principio de la guerra, fué seguido por otros jefes de las orillas del Rin y del Danubio.

El Oriente y el Occidente iban pues á venir á las manos y á combatir, no ya por un senado y una libertad, que no se conocían ya, sino por César ó Pompeyo, queriendo cada una de estas dos grandes porciones del imperio á uno de ellos por amo, después de haberlos tenido alternativamente á los dos por conquistadores y bienhechores.

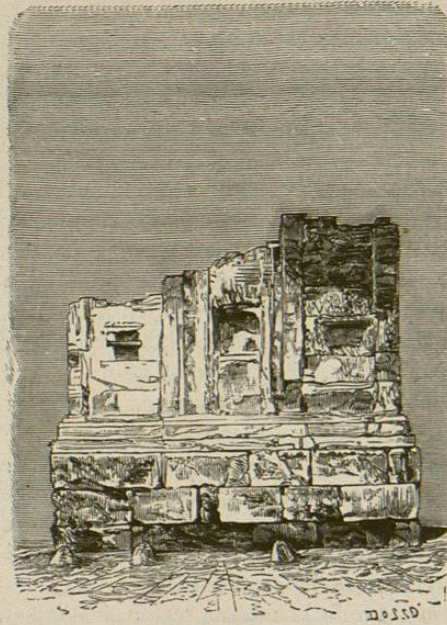
Sin embargo, las fuerzas no parecían iguales. César no tenía flota, ni dinero, ni almacenes y sus tropas eran menos numerosas; pero hacía diez años que dormían bajo la tienda de campaña, su abnegación en favor suyo no tenía límites, ni era menor su confianza en la fortuna del caudillo. Ningún trabajo ni fatiga podían ya espantarlos, y sobre todo, tenían lo que dobla el número, el hábito de vencer. Si el ejército de Pompeyo era más numeroso, en cambio, había menos disciplina en los soldados y menos obediencia en los jefes. A ver en el campamento aquellos extraños trajes, á oír aquellas voces de mando dadas en veinte lenguas distintas, se hubieran tomado las legiones pompeyanas por uno de aquellos ejércitos asiáticos á quienes fué fatal siempre el suelo de Europa. Y en el pretorio otro espectáculo, no menos inconveniente y extraño: tantos magistrados y senadores embarazaban al caudillo, por más que se le hubieran dado facultades para resolver exclusivamente sobre todo. Pues que se combatía por la república, se decía, era preciso que el generalísimo mostrara á los Padres Conscriptos, constituidos en consejo en Tesalónica, una deferencia que sería de buen augurio y mejor ejemplo; pero ¿podía conciliarse esta deferencia con las necesidades de la guerra?

Los antiguos rehuían navegar en el invierno. Así, bien que la travesía de Brindis á Dirraquio fuera sólo de veinticuatro horas, Pompeyo no esperaba el ataque hasta la primavera, y tenía en cuarteles de invierno á sus tropas en Tesalia y en Macedonia. «Creía que su rival no tendría la temeridad de embarcarse en la estación rigurosa.» Y

(3) César, *de Bello civ.* III, 3, 5, y Apiano, *Bell. civ.* II, 49. Las fuerzas pompeyanas podían muy bien elevarse á ochenta mil hombres; pero no hay que juzgar la fuerza del sentimiento republicano por el crecido número de las tropas de Pompeyo. Estas tropas habían sido reclutadas antes de romperse las hostilidades, en virtud de órdenes legítimas, según los antiguos usos, con la solemnidad del juramento, que sujetaba á los soldados á la más severa penalidad, si lo violaban. En cuanto á los auxiliares, todos aquellos pueblos y príncipes del Oriente, clientes de Pompeyo, estaban ligados á su fortuna y no habían podido negarle su asistencia. Luego los familiares y protegidos de los grandes, arrastrados por estos, y en fin los aventureros, que esperaban hacer una campaña lucrativa.

este mismo rigor de la estación fué precisamente lo que decidió á César. Con su flota de transporte no podía pasar sino por sorpresa, y esta sorpresa no era posible más que en invierno, cuando las escuadras pompeyanas se habían puesto al abrigo encerrándose en los puertos; en la primavera, sus numerosos cruceros hubieran cortado el rumbo.

A pesar de su inferioridad numérica, todavía tomaba César la ofensiva. El 4 de enero 48 (15 nov. 49) embarcó



Sepulcro de Bibulo. (Estado actual)

en naves de transporte siete legiones, que sólo constaban de quince mil hombres y quinientos caballos. Si hubiera encontrado la armada de Pompeyo, allí se habría acabado la guerra, pues todo estaba perdido para él; pero como había juzgado, las galeras pompeyanas, sin soldados ni marineros, se balanceaban tranquilamente sobre sus áncoras en las radas de Orico y de Corcira. Su audacia era también un cálculo. Las siete legiones pasaron sin encontrar un barco enemigo y desembarcaron al pie de los montes Acroceraunios en la ensenada de *Paleassa* (Paljasa). «Súpose que había llegado antes de saber que había partido.» El almirante de Pompeyo era el malhadado consular que la fortuna oponía siempre á César, y cuya suerte fué siempre ser engañado por él. Bibulo, que tan á destiempo acudía, se vengó en los barcos que César despedía ya vacíos para tomar en Brindis el resto de sus tropas al mando de Antonio. Apresó treinta, que tuvo la crueldad de quemar con pilotos y marineros. Después para expiar su negligencia, no quiso ya saltar en tierra y á bordo de la almiranta se dió tales fatigas para vigilar la costa y la mar que hubo de morir de ello.

La primera ciudad que César encontró fué Orico. El oficial pompeyano que en ella mandaba, quería defenderla; pero los habitantes declararon que no podían combatir á un cónsul del pueblo romano y le abrieron sus puertas; en Apolonia, á la embocadura del Aous (*Voiussa*), se tomó la misma resolución. Pero César daba más importancia á la posesión de Dirraquio (1), á causa de su puerto, el me-

(1) Dirraquio se elevaba en la punta de una cadena de colinas abruptas paralela á la mar, y unas grandes lagunas la separaban del continente. Al Norte, una faja de arena unía estas escarpas al cabo Pali; al Sur estas lagunas se comunicaban con el mar por un estrecho canal; de modo que para llegar por tierra á Dirraquio no había más que dos

por de aquella costa, y de su fuerte posición; y sabiendo que Pompeyo lo había precedido para establecer allí sus almacenes, se detuvo á orillas del Apsos (Beratino) para cubrir las plazas que se le habían entregado y los cantones del Epiro de donde sacaba sus provisiones.

Esta vez también propuso la paz, menos con la esperanza de que se hiciera que con el deseo de conciliarse la opinión pública. De cualquier modo, dirigió á Pompeyo la carta siguiente:

«Has perdido la Italia, la Sicilia, las dos Españas y ciento treinta cohortes de ciudadanos romanos; yo tengo que deplorar la pérdida de Curión y mi ejército de Africa. Ambos sabemos que la fortuna de la guerra tiene diversas vicisitudes, y puesto que aun somos iguales en fuerzas, sometamos nuestra diferencia al senado y al pueblo, y mientras tanto licenciemos simultáneamente nuestras tropas.»

César no arriesgaba nada en hacer estas proposiciones. Como dictador, había completado el senado de modo que no tuviera nada que temer de los senadores pompeyanos; y cónsul en ejercicio, era dueño de la situación por todo el año 48. Fuera de esto, Pompeyo no puso tampoco á prueba su desinterés: se negó á aceptar las condiciones de César, y César refiere palabras suyas, que no pueden haber sido su contestación oficial, pero que expresan ciertamente su pensamiento secreto. «¿Qué se diría de mí, si se me viera volver sin un soldado á Italia, de que salí á la cabeza de un poderoso ejército? ¿Y qué tendría que hacer de una patria, y aun de la vida, que debiera á César (2)?»

Un día Vatinió por César, y Labieno por Pompeyo, discutían en alta voz, entre los dos ejércitos, las condiciones de un acomodamiento. Los soldados escuchaban; y podían tomar en serio las grandes palabras de guerra impía, lágrimas de la patria, etc.: de repente partió de las filas pompeyanas, al decir de César, una granizada de dardos, y Labieno cortó la conferencia exclamando: «¡La paz! no la obtendréis hasta que nos traigáis la cabeza de César.» Ciertamente es que los pompeyanos, si César no los calumniaba, sólo pensaban en asesinatos: habiendo caído en sus manos un navío procedente de Brindis, fueron pasados á cuchillo todos los que lo montaban; y las palabras de Cicerón, citadas en otro lugar, dan crédito á estas referencias.

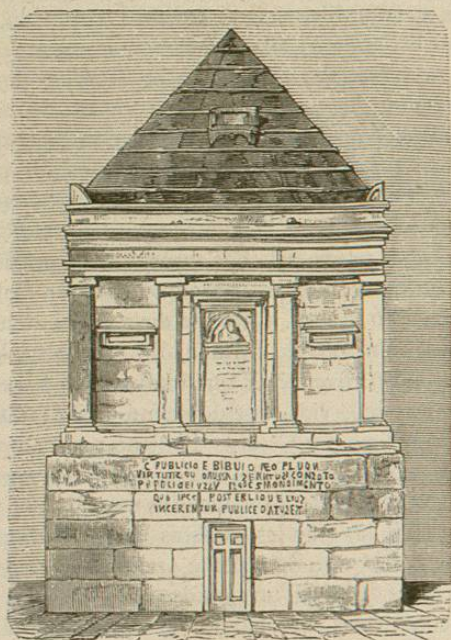
Entre tanto, premiosos mensajes ordenaban á Marco Antonio pasar el estrecho aprovechando el primer viento favorable; pero los días pasaban y Antonio no llegaba. Refiérese que César, poco acostumbrado á estas lentitudes, quiso ir él mismo á buscar sus legiones, y que una noche salió solo de su campamento, subió en un barco del río y ordenó al piloto hacer rumbo á altamar. Un viento contrario que sopló muy luego encrespaba las olas y espantado el piloto de aquella tempestad, rehusaba seguir: «No temas, hubo de decirle el desconocido pasajero; llevas á César y su fortuna.» Todos esos fundadores de imperios creen ó fingen creer en una fatalidad que los protege hasta que han consumado la obra para que fueron llamados. Fué, sin embargo, preciso, si es verdadera la anécdota, á pesar del silencio de los *Comentarios*, volver á tierra; pero otra vez hubo de servirle la tempestad. Desde la muerte de Bibulo, carecía de jefe la armada pompeyana: por una desdichada

entradas estrechas y fáciles de defender. César estableció su campamento en la meseta de *Arapai*, y Pompeyo el suyo más al Sur (Heuzey, *Mis. arq. Maced.* 370).

(2) César dice (*de Bello civ.* III, 18) haber sido informado, después de la guerra, de estas palabras que se le escaparían sin duda á Pompeyo en el seno de la amistad y alguno de sus familiares referirla luego al vencedor.

flaqueza, ó por no confiar á otro consular, acaso menos dócil y menos seguro, un mando tan importante, dejó Pompeyo á los ocho tenientes de Bíbulo conducir á su grado las escuadras. No estando de acuerdo, la vigilancia fué menos activa, y un día que soplabá con fuerza y constancia el viento del Sur llegó Antonio en algunas horas á vista de Apolonia con cuatro legiones y ochocientos caballos.

Impelido por la tempestad, pasó de largo por Dirraquio y no pudo arribar sino en el puerto de Ninfea á cien millas lo menos del campamento de César. Dos de sus navios fueron apresados por el enemigo: el uno llevaba doscientos veinte reclutas, que mareados se entregaron, y á pesar



Sepulcro de Bíbulo. (Restauración) (1)

de la promesa de respetarles la vida fueron degollados; el otro llevaba doscientos veteranos, pero estos obligaron al piloto á dirigir la proa á tierra y se salvaron.

Pompeyo se encontraba entre los dos ejércitos cesaristas: hubiérale sido fácil derrotar el de Antonio, y lo intentó; pero con su lentitud dió tiempo sobrado á César y á su teniente para operar la reunión (abril 48).

El movimiento de los pompeyanos los había alejado de Dirraquio. César les ocultó una marcha y fué á tomar posición entre ellos y esta ciudad que era su plaza de armas: ellos lo siguieron y acamparon en el monte Petra, desde donde conservaron sus comunicaciones con el mar. Entonces comenzó una lucha de cuatro meses, y no pudiendo César atraer á su rival á una acción decisiva, concibió el audaz pensamiento de encerrar en una línea de puntos atrincherados un ejército que le era superior en número. En Alesia y en España le había salido bien esta maniobra,

(1) Este sepulcro no es el del almirante de Pompeyo. La inscripción dice que el senado y el pueblo concedieron, *honoris virtutisque causa*, el terreno en que se construyó el monumento á cierto Bíbulo, edil plebeyo, para sí y sus herederos. Orelli, n.º 4698. No nos es conocido este edil; pero siendo plebeyos los Bíbulos, pertenecía sin duda á esta familia. Este sepulcro, uno de los raros monumentos que nos quedan de la época republicana, estaba *intra ó extra* muros de la ciudad? Se ha discutido mucho sobre este punto. La inscripción supone gran favor y da á entender que se hizo una excepción de la ley de las *Doce Tablas*, que prohibía enterrar *intra* muros. Mas por otra parte, ¿cómo Cicerón, que menciona en su tratado de *Legibus*, II, 23, escrito el año 52, las excepciones hechas á esta ley, no menciona esta, que al parecer no se hizo más tarde?

porque había podido reducir por hambre al enemigo; pero aquí este resultado era imposible, puesto que el ejército de Pompeyo era dueño de la mar.

Sin embargo, los veteranos de César, admirables siempre, comenzaron trabajos gigantescos con su ordinaria actividad. Todas las colinas que rodeaban el campamento de Pompeyo quedaron luego armadas con sendos fuertes y unidas por líneas de comunicación.

Dos motivos hubieron de decidirlo á seguir este plan: como la numerosa caballería de sus adversarios hacía difícil el aprovisionamiento en un país arruinado, quería encerrarlos para asegurar él la libertad de sus movimientos; y luego hubiera querido mostrar á los ojos de todo el mundo al gran Pompeyo encerrado en su campamento, sin atreverse á combatir.

Napoleón juzgó severamente estas maniobras: «Eran sobre manera temerarias, dice, y en su misma temeridad llevó César su castigo. ¿Cómo podía esperar mantenerse con ventaja á lo largo de una línea de contravalación de seis leguas rodeando un ejército superior en número, dueño de la mar y ocupando una posición central? Después de haber hecho trabajos colosales fracasó su plan, fué batido, perdió lo mejor de sus tropas y tuvo que abandonar necesariamente aquel campo de batalla.»

Pompeyo le opuso una línea de circunvalación, protegida por veinticuatro fuertes y que ampliaba de continuo para forzar á su contrario á debilitarse más y más según que se iba extendiendo. Todos los días mediaban escaramuzas entre los trabajadores de los dos ejércitos. Una vez se comprometió toda la novena legión y Pompeyo creyó un momento alcanzar la victoria; pero los veteranos sostuvieron su reputación y rechazaron en fin al enemigo. En uno de estos ataques diarios de que cada colina era teatro, fué cercado un fuerte, y el enemigo lanzó contra él tantos proyectiles que no hubo un soldado que no resultara herido. Estos bravos presentaron á César con orgullo treinta mil flechas que habían recogido y el escudo de un centurión horadado con ciento veinte agujeros.

Se ha notado que nuestros soldados carecían de víveres cuando ganaron sus mejores victorias. Los de César también estaban acostumbrados á las privaciones, debidas muchas veces á la rapidez y audacia de las operaciones. Pero en ninguna parte las sufrieron como en Dirraquio. Bien había enviado César destacamentos al Epiro, á la Etolia, á la Tesalia y hasta la Macedonia; pero no se podían sacar sino mezquinos convoyes de aquellos países arruinados por la presencia de tantos ejércitos, y donde se batían ya, porque Metelo Escipión había llegado ya allí con sus dos legiones. Los soldados llegaron al extremo de molar raíces para hacer una especie de pasta con que matar el hambre, y cuando los pompeyanos se burlaban de ellos y de su alimento, los cesaristas contestaban que antes bien comerían cortezas de árboles que dejar que se escapara Pompeyo. Este tenía trigo en abundancia; pero carecía de agua y de forrajes, porque César había desviado los arroyos que descendían de las montañas y los pompeyanos habían quedado reducidos á beber el agua salobre de la ribera. Con esto, las bestias de carga y los caballos perecían en gran número y las exhalaciones emanadas de tantos cadáveres viciaban el aire y causaban enfermedades que diezaban el ejército pompeyano.

Un día, en fin, que Pompeyo creyó llegada una ocasión favorable, hubo de preparar, guiado por tráfugas, un ataque nocturno y por poco no copa toda una legión acampada á la orilla del mar. Antonio la salvó, al cabo, pero no sin grandes pérdidas. Para reparar este descalabro en el

acto, César mismo al frente de treinta y tres cohortes, tuvo la audacia de penetrar en el campamento enemigo; sino que habiéndose equivocado de camino su ala izquierda, dejó un hueco, en que Pompeyo se arrojó. Desbaratados los cesaristas huyeron en desorden, sin que fuera parte á contenerlos la presencia del caudillo, que corrió á atajar á los fugitivos: un terror pánico se había apoderado de sus tropas y el mismo César fué arrastrado por el impetuoso torrente dejando en manos del enemigo hasta treinta y dos estandartes.

Aquel día hubiera podido Pompeyo acabar la guerra; pero la facilidad del éxito le hizo temer una emboscada y no se atrevió á perseguir al enemigo para completar su victoria, que se ponderó, sin embargo, como negocio concluido, tomando otra vez Pompeyo el título de imperator, al anunciarla á todas las provincias. Verdaderamente, se decía en su campó, verdaderamente ha ganado César su renombre á poca costa: podrá haber vencido á los bárbaros, pero ha huido ante las legiones romanas, y sólo á la traición ha debido sus triunfos en España.

Habíanse hecho algunos prisioneros por parte del ejército pompeyano, y el traidor Labieno, que tenía que probar su celo entre sus nuevos amigos, los reclamó con empeño, y después de haberlos paseado por irrisión alrededor del campamento, los hizo degollar diciendo: «¡Cómo así, camaradas! ¡los veteranos han aprendido también á huir!»

Catón había influido para que decretara el senado pompeyano que no se saqueara ninguna ciudad ni se diera muerte á ningún ciudadano fuera del campo de batalla; y se tapó la cabeza en esta ocasión para no ver cómo los jefes militares, cuando sacan la espada, obedecen los decretos del poder civil (mayo y junio 48).

Mientras los pompeyanos daban por terminada la guerra, las legiones de César, muy luego repuestas de su pánico, pedían de suyo que se castigara á los culpables y pretendían volver al combate. Pero César tenía otros designios. Su posición era ya insostenible: los víveres iban á faltarle y Escipión se acercaba. Saliendo al encuentro de este jefe, arrastraría sin duda tras sí al enemigo, ya más confiado, y acaso encontraría ocasión de dar la batalla. En todo caso ganaría espacio y recogería víveres, alejando al mismo tiempo de su flota á los pompeyanos. En fin, habiendo fracasado la guerra de sitio, era menester intentar la de campaña, que ofrecía mil incidentes que podría aprovechar el más hábil.

Dejando, pues, en Apolonia sus heridos y enfermos, atravesó el Epiro, y por Gonfi, ciudad que entró á saco, por haberle cerrado sus puertas, penetró en la Tesalia. Todas las ciudades del valle del Peneo, excepto Larisa, se entregaron á él, y sus soldados hallaron en aquel fértil país una abundancia que no habían vuelto á ver desde su salida de Brindis.

Como César había previsto, Pompeyo lo siguió, á pesar de los consejos de Afranio, que hubiera querido que volviera á Italia, y dejó á Catón y á Cicerón en Dirraquio al cuidado de los bagajes: la vigilancia y los pesares republicanos del primero y el mal humor del segundo molestaban al imperator. Descontento de sí mismo y de los demás, Marco Tulio no había llevado al campamento más que su ingenio burlón, su desaliento y sus temores demasiado legítimos de las proscripciones que seguirían á la victoria; recordaba con pesar los laboriosos y tranquilos ocios de sus granjas, *Tusculanenses dies*, y había dejado con mucho gusto partir á aquel ejército en que se le tenía por profeta de desgracias.

Enviado por Pompeyo al Asia para recibir soldados y

dinero, Escipión había perdido mucho tiempo en Siria y en el Asia Menor, viviendo en son de príncipe en estas provincias, que, al decir de César (1), tuvieron que sufrir entonces males casi tan grandes como en tiempo de Sila. Una orden formal de Pompeyo lo obligó en fin á dejar su cuartel general de Pérgamo, pero con eso y todo, aun marchó con lentitud. Su entrada en línea, durante los combates del campo de Dirraquio, hubiera podido trocar en desastre el revés sufrido por el ejército de César; pero dió sobrado tiempo para rehacerse al cónsul, el cual envió á Casio Longino con una legión á Tesalia para cerrarle la



La Esperanza (2)

puerta, el valle de Tempe, y á Domicio Calvino con otras dos legiones á Macedonia, donde ocupó fuertemente el valle de Haliacmon. Desde aquí tuvo bajo su vigilancia la gran vía militar (*via Egnatia*), que Escipión seguía y que lo hubiera conducido de Tesalónica á Dirraquio.

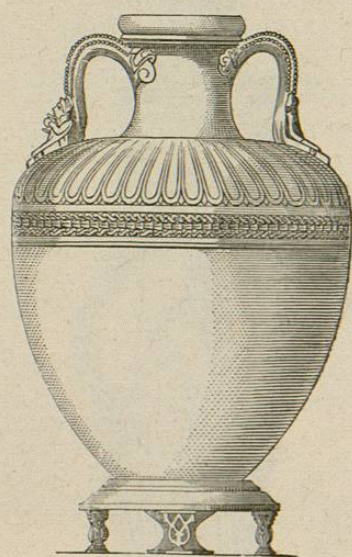
El general pompeyano se fué derecho á Calvino; pero al llegar á sus inmediaciones, le ocultó una marcha, dejando ante los cesaristas sus bagajes en un campo atrincherado, defendido por ocho cohortes, y marchó sobre Casio. Espantado éste á la aparición, por su retaguardia, de los jine-

(1) Ciertos detalles dados por César, como las disposiciones tomadas para robar el tesoro de Efeso (*Bell. civ. III, 3*), son inverosímiles. Verdaderamente el diario de *Bello civili* no vale lo que el de *Bello Gallico*, y hay duda sobre quién sea el verdadero autor.

(2) Figurilla de bronce del gabinete de Francia, n.º 3049. Lleva en la cabeza á guisa de corona, una flor de amplio cáliz, y le falta la mano derecha en que llevaba otra flor. Según M. Chabouillet, la actitud ó movimiento de levantar el paño de la túnica, estaba consagrado para las imágenes de la Esperanza.

tes tracios del rey Cotis, que parecían haber pasado el Olimpo por senderos, se replegó de Tempe á las alturas del Pindo, y con esto quedaba Escipión en libertad de entrar en Tesalia cuando lo tuviera por conveniente. Pero en esta empresa arriesgaba entregar su línea de aprovisionamiento y de retirada á los cesaristas de Macedonia, y permaneció en esta provincia y en el valle de Tempe hasta que Calvino levantó su campo para reunirse con César en las fuentes del Peneo.

Por su parte Pompeyo había reunido hacia Larisa las legiones de su suegro. Quería aun entretener la guerra para consumir los recursos y fuerzas del enemigo; pero á los jóvenes nobles que lo rodeaban se les hacía ya demasiado larga la campaña y aun sospechosa tanta circunspección por parte del caudillo. «Si no se decide á combatir, decían, es por conservar el mando, tan orgulloso como está de arrastrar en su séquito cónsules y consulares y pretoria-



Anfora de bronce, del museo Etrusco del Vaticano

nos.» Llamábanlo en son de burla Agamenón, el rey de los reyes, y Favonio se lamentaba de que no sería posible aquel año comer higos de Túsculo, porque Pompeyo no querría abdicar tan pronto. Y subía de punto la impaciencia por la certeza en que se estaba de vencer sin grande esfuerzo.

En esta seguridad, se disputaban ya las dignidades como si hubieran estado en Roma y en vísperas de los comicios, y algunos enviaban á alquilar las casas de mejores vistas al Foro, aquellas en que se podía intrigar mejor; se designaban los cónsules para los años siguientes y se repartían los despojos de los cesaristas. Debía comenzarse por una proscripción general, que se llevaría á cabo judicialmente, como convenía á hombres que se batían por la defensa de las leyes; hasta habían establecido ya la forma del juicio.

No estaban ya tan de acuerdo en la repartición del botín. Fanio quería los bienes de Atico, Léntulo los de Hortensio y los jardines de César: los más prudentes parecían ciegos. Domicio, Escipión, Léntulo Espinter, se disputaban diariamente con acritud y calor el pontificado máximo de César. Las probabilidades se equilibraban entre estos tres candidatos, como quiera que si Léntulo tenía en su favor su respetable edad y sus largos servicios, Domicio tenía gran predicamento en el partido, y Escipión, que no tenía nada, era suegro de Pompeyo, que era como tenerlo todo. «Así, pues, dice el que desvaneció, en fin, tan locas esperanzas, en vez de ocuparse en los medios de vencer, sólo pensaban todos en la manera de explotar la victoria.»

Apremiado, pues, por los clamores de los nobles, á los que no sabía imponerse ni reducir á la obediencia, el gran Pompeyo se decidió, en fin, á dar la batalla cerca de Farsalia, en los mismos lugares en que, ciento cincuenta años antes, había conquistado Roma la Grecia y todo el Oriente helénico (Cinoscéfalos).

A vista de sus cohortes desplegándose en la llanura, exclamó César con júbilo: «¡Por fin! por fin ha llegado el día de combatir, no ya el hambre, sino hombres!» Y luego al punto avanzó para reconocer la línea enemiga, que formaban cuarenta y siete mil hombres de á pie y siete mil de á caballo sin mentar los auxiliares que no se contaban. Apoyábase la derecha en un riachuelo, cuyas escarpadas márgenes hacían difícil el ataque, y así había juzgado Pompeyo bastante fuerte esta posición para llevar á la izquierda toda su caballería. Cerrada en masa en este punto, se desbordaría fácilmente sobre el enemigo, lo cargaría por el flanco, lo envolvería, en fin, asegurando el éxito de la jornada.

César comprendió el designio de su contrario, y precisamente con este ataque previsto contó para vencer. No tenía más que veintidós mil legionarios y mil jinetes, y contra su costumbre formó de su ejército cuatro líneas de desigual extensión: las dos primeras debían embestir al enemigo, la tercera servir de reserva y la cuarta hacer frente á retaguardia contra la caballería que iba á asaltar su derecha. Advirtió á los veteranos de las seis cohortes, que colocó oblicuamente hacia este lado, que de su serenidad y valor dependería la victoria. «Soldados, les gritaba, dadles en la cara.» Sabía que los jóvenes nobles que iban á dar la carga, temerían más la deformidad de una herida en la cara, como tan acicalados y elegantes, que el deshonra de la fuga. Y en realidad la orden de conservar el *pilum* á fin de herir con él de cerca al enemigo en la cara, fué una idea bien concebida para pugnar con jinetes cubiertos de armas defensivas, que no habían tenido los jinetes galos, contra los cuales se habían batido hasta ahora sus legionarios.

Antonio mandaba el ala derecha, Sila la izquierda y Calvino el centro. César se colocó en medio de su décima legión, célebre por la abnegación que le había mostrado siempre y odiada por los jinetes pompeyanos que habían ofrecido pisotearla con sus caballos.

La seña del ejército de César era *Venus victoriosa*, la diosa á quien nadie se resistía; la del ejército pompeyano, *Hércules invencible*, que dos veces, sin embargo, había vencido Venus, por Onfala y Deyanira, y otra vez más iba á vencer por César.

Pompeyo había ordenado á los suyos esperar el choque sin moverse, esperando que por la carrera llegaran los cesaristas fatigados y en desorden. Pero cuando los veteranos vieron que sus contrarios permanecían inmóviles, de suyo se detuvieron, recobraron aliento, y después avanzaron á paso de ataque aun y en línea, lanzaron sus dardos y acometieron con la espada.

Mientras la acción se empeñaba en el frente de batalla, la caballería pompeyana carga á la cesariana rodeando su ala izquierda. César da entonces la seña á la cuarta línea, y ésta ataca con tanto arrojo, que sorprendidos de tan imprevisto como impetuoso ataque los jinetes, vuelven grupa y huyen. Al mismo paso se arrojan las cohortes sobre la izquierda enemiga y la envuelven. César aprovecha este momento para lanzar su reserva de refresco, y desbaratados por el choque los pompeyanos, se desordenan y desbandan.

Pompeyo había abandonado el campo de batalla al ver rechazada á su caballería y estaba desesperado en su tien-

da. De repente oye clamores y gritos que se acercan más y más: era que César conducía á sus soldados victoriosos al ataque de las trincheras. «¡Cómo! exclama el desdichado general; hasta en mi mismo campamento!» Entonces arrojó las insignias del mando, montó á caballo y huyó por la puerta *Decumana*.

Encontráronse en el campamento, bajo tiendas adornadas de hiedra y fresco césped, mesas puestas para la comida, aparadores cargados de vajilla de plata, ánforas llenas de vino, todo lo necesario para un opíparo y alegre banquete. «¡Y los que se permitían todo este lujo frívolo, dijo el vencedor, se atrevían á condenar la molición de los soldados de César, tan pobres como fuertes y bravos, faltos siempre hasta de lo necesario!» (9 agosto. - 6 junio 48).

A pesar de los esfuerzos de César para contener á sus soldados, sedientos de venganza, murieron al filo de la espada quince mil seiscientos pompeyanos; pero ni un solo jefe: Domicio pereció huyendo (1). «Ellos lo han querido, decía César, atravesando el campo de batalla cubierto de cadáveres; ellos lo han querido. Después de todo lo que he hecho por la república, habría sido condenado, como un criminal, si no hubiera apelado á mi ejército» (2). Su clemencia no se desmintió en esta ocasión. En cuanto se decidió la victoria, prohibió que se matara á ningún ciudadano y recibió en su gracia á todos los prisioneros que imploraron su piedad: los mismos que en otras ocasiones la habían obtenido ya, no necesitaban más que un intercesor para que los perdonara otra vez.

En la tienda de Pompeyo encontró su correspondencia, que podía revelar muy útiles secretos, y la quemó sin leerla. La historia hubiera sido más curiosa. Los pueblos y los príncipes que habían tomado partido por su rival ó sirvieron de cualquier modo la causa perdida, temblaban: César los tranquilizó. Los atenienses poco hechos á estas luchas de gigantes, habían prestado á Pompeyo su débil asistencia, en vez de aceptar la neutralidad que los dos partidos les ofrecían. César quería granjearse la buena voluntad de los atenienses, ganar la ciudad «que sabía hablar;» y cuando sus diputados se le presentaron, tímidos y suplicantes, se limitó á decir: «¡Cuántas veces os ha salvado ya la gloria de vuestros padres!»

Sin dar tiempo á sus tropas para pillar las riquezas dispersas en el campamento pompeyano, condujolas César en persecución del enemigo, cuyos últimos restos cercó en una montaña, haciendo hasta veinticuatro mil prisioneros.

El día siguiente, el ejército entero confirió el premio de valor á César, á la décima legión y á un centurión. Al ir á dar la seña del combate, hubo de reconocer el vencedor á este bravo veterano y llamándolo por su nombre, le dijo: «Y bien, Crastino, ¿tenemos buen ánimo? ¿los batiremos? - Venceremos con gloria, César, contestó el centurión en voz recia; y hoy has de alabarme, vivo ó muerto.» A estas palabras marchó adelante, y ciento veinte hombres de su cohorte se lanzaron tras él para dar los primeros golpes. Después de brillantes hazañas, cayó el centurión. César mandó buscar su cadáver, lo cubrió de recompensas militares, que había ganado tan bravamente, y le erigió un se-

(1) César fija en 15,000 el número de pompeyanos muertos; Asinio Polión no contaba más que seis mil, pero dejando aparte, sin duda, á los aliados «que no se contaban,» dice Apiano (II, 82). El mismo historiador pone entre los muertos pompeyanos diez senadores y cuarenta caballeros.

(2) Palabras recogidas por Asinio Polión, que presenció la batalla, y referidas por Suetonio. Dion afirma (XLI, 62) que no perdonó la vida á los que cogidos una vez con las armas en la mano y perdonados por él, se encontraron ahora otra vez entre los prisioneros; pero que concedió á cada uno de sus amigos un pompeyano.

pulcro particular cerca de la fosa común en que fueron enterrados los demás muertos.

V. - MUERTE DE POMPEYO.

Pompeyo había cometido una gran falta alejándose de su flota y aceptando el combate en medio del continente griego; y fué otra no menor no haberse asegurado una plaza de refugio para el caso de una derrota. Pero tal era su confianza que ni siquiera señaló un punto de reunión: así todos se dispersaron á la ventura y de aquel poderoso ejército no quedaron más que muertos y suplicantes. El caudillo mismo, únicamente preocupado de salvar su vida, huía hacia el valle de Tempe, y los dos Léntulos que lo acompañaban, vieron al vencedor de Mitridates, de los piratas y de Sertorio, beber á la margen del río en el hueco de la mano, como los humildes pastores de la montaña.

Llegado que hubo á la orilla de la mar, pasó la noche en una cabaña de pescador, y por la mañana fué recogido á bordo de un barco de carga anclado á la embocadura del Peneo. Pocos momentos después, apareció en la playa el rey Deyotaro, haciendo ademanes de desesperación, y el patrón lo recibió también á bordo haciéndose á la vela sin más dilación. Pompeyo hizo poner la proa en dirección de Mitilene, donde recogió á Cornelia su esposa, y después hizo rumbo al Sur por el mar de las Esparadas «que en tiempos más felices cruzó con quinientas galeras.»

La noticia de su derrota le había precedido, y en aquellas islas, en aquella provincia de Asia, que él creía tan afectas á su causa, nadie mostró solicitud en asistirlo; ni aun en Rodas pudo detenerse más que un instante. En las costas de la Caria y de la Licia, teatro de sus antiguas hazañas, había ricas ciudades, como Afrodisias, Telmisio, Patara, donde le dieron algún dinero, y la Cilicia le suministró barcos y algunos soldados. Pero ¿adónde ir? Se dice que pensó en huir al país de los partos, y que habiéndole cerrado el camino del desierto el rey Antíoco, que se había declarado por César, se decidió á buscar asilo en Egipto. No tenía tampoco otro partido que tomar (3). El príncipe reinante, de cuyo padre, Tolomeo Auletes, hubo de ser amigo, era su aliado; sesenta navíos egipcios habían aumentado la armada senatorial en el Adriático, y á consecuencia de la expedición de Gabinio, habían quedado en Egipto algunos millares de soldados pompeyanos que no habían olvidado aún á su antiguo general; en fin, el país era de fácil defensa, y desde él podría comunicarse con los partos, si era necesario, y más seguramente con Varo y Yuba, dueños de la Numidia y del Africa romana.

Pompeyo llegó á vista de Pelusio (Damieta) seguido de unos dos mil hombres. Según el testamento del último rey, Cleopatra debía casarse con su hermano Tolomeo Dionisios, dos años menor que ella, y reinar conjuntamente con él bajo la protección del senado. Pero al cabo de tres años, fué expulsada la reina por el general Aquilas y por el mayordomo del rey Teodoto. Cleopatra se retiró á Siria y Tolomeo había reunido un ejército en Pelusio para detener la expedición que su hermana preparaba contra él. Cuando Pompeyo vencido se presentó, Potino y Aquilas fueron de parecer de recibirlo con honor; pero Teodoto rechazó el pensamiento de unir los destinos del rey á la suerte de un fugitivo, y enviaron una barca á la galera del general con pretexto de conducirlo á presencia del rey.

«Cuando la barca se acercó, Septimio fué el primero

(3) Había solicitado ya la alianza de los partos, pero estos hubieron de prender á su embajador (Dion, XLII, 2).